Bien reconozco, dijo el caballero.
Aquel hermoso engañador semblante,
Que sin cesar me sigue lisonjero,
Con lasciva mirada y provocante.

Dos rosas son aquellos rojos lábios,
Que á la mañana vencen en frescura:
Pero su acento suele hacer agravios,
Y sus palabras dan cruel tortura.

Por eso aquella boca regalada
Semeja del rosal la mata umbría,
Que ponzoñosa víbora enroscada
Cobija con su verde lozanía.

Y aquel hoyito seductor tan breve,
Hechizo de su cándida mejilla,
Es sima en donde mi deseo aleve
Me despeñó cubierto de mancilla.

Las hebras de oro de su rizo pelc
Veo flotar en torno de sus sienes.
Las redes son en que mi loco anhelo
Supo prenderme con mentidos bienes.

Sus claros ojos, causa de mis males,
Azules como la ola no turbada,
Me parecieron puertas celestiales,
Y en tanto daban al infierno entrada.

Cabalga Ulrico por la selva oscura,
Lúgubre por las ramas zumba el viento;

Y ante su vista se alza otra figura,
Pálido y yerto, el rostro macilento.

¡Ay, madre mia! dijo el caballero,
Tú que me amaste con ternura loca,
Y á quien ingrato dí pesar tan fiero,
Ya con mi accion, ya con mi torpe boca!

¡Secar quisiera el llanto de tus ojos
Con el ardor de mis crueles penas,
Y devolverte los colores rojos
Dándote sangre de mis propias venas.

Y Ulrico por la selva su camino
Prosigue sin parar: la sombra crece,
De extrañas voces se oye el leve trino,
Y la nocturna brisa el árbol mece.

¿De dónde vienen tan extrañas voces
Que alegran al viandante en su camino?
Los pájaros seguíanle veloces,
Y así gorjean con sonoro trino.

Ulrico entona aquel sentido canto,
El dulce canto de arrepentimiento;
Con él enjugarás tu amargo llanto,
Darás con él alivio á tu tormento.

EL AZRAITA.

A tiempo que el sol declina,
La hija bella del Sultan
A una fuente se encamina.
Cuya linfa cristalina
Murmura con hondo afan.

Y en la orilla de esa fuente
Haya á un esclavo parado,
Cuando el sol baja á Poniente,
Y haya el dolor en su frente
Cada dia más marcado.

Una tarde la Princesa
Le habla, llena de coraje.
Mientras que él su falda besa;
— Tu patria al punto confiesa :
Dí tu nombre y tu linaje.

— Mohamed, los yemenitas
Allá, en mi pátria, me llaman ;
Soy de aquellos azraitas
(Bien os lo dicen mis cuitas)
Que se mueren cuando aman.

LORELEI (1).

No sé lo que por mí pasa,
Que tal tristeza me da :
Un cuento de edad remota,
Clavado en mi mente está.

Sopla el cierzo y anochece,
Y tranquilo corre el Rhin ;
La cumbre del monte dora
El sol que baja á su fin.

Sentada allá arriba se halla
La más hermosa mujer :
Relucen sus joyas de oro,
De oro es su pelo tambien.

Se peina con peine de oro,
Se peina y canta á la par,
Y tiene mágico hechizo
Su melodioso cantar.

El pescador en su barca
La oye con hondo placer;
No repara en los escollos,
Mira en alto á la mujer.

---

(1) Lorelei es el nombre con que la tradicion designa á cierta hada moradora de las orillas del Rhin.

Al fin perece en las olas
Con su barca el pescador,
Por prestar incauto oido
A ese canto seductor.

Madrid, Diciembre de 1871.

LUDWIG UHLAND

Juan Luis Uhland nació en Tubinga el 26 de Abril de 1787. Cursó leyes en la Universidad de su ciudad nativa, y en 1810 ganó el título de doctor en Derecho. Sus primeras poesías conocidas datan del año 1804. Llamaron grandemente la atencion del público ilustrado aleman las poesias, principalmente canciones, baladas y romances, que dió á luz durante los años de 1806 á 1813, en el *Almanaque de las Musas*, el *Almanaque poético* y la *Floresta de poetas alemanes* (*Deutscher Dichterwald*). Por esta época emprendió un viaje liter ario á París, y en 1810 se fué á establecer á Stuttgart, en donde ejérció la abogacía, logrando poco tiempo despues un modesto destino en el ministerio de Gracia y Justicia. La guerra de la Independencia alemana, que estalló en 1813 y duró hasta 1815, dió nuevo impulso al talento de Uhland, im-

primiéndole aquel sello patriótico que domina en todas sus obras. En 1815, con motivo de la nueva Constitucion que otorgó el rey de Wurtemberg á su pueblo, publicó Uhland una coleccion de *Poesias* (*Gedichte;* 11.ª edicion, 1850), las cuales, reproducidas por los periódicos y vendidas en las calles, coadyuvaron no poco á la propaganda de las ideas liberales. A este libró, del cual hemos sacado las poesías suyas que figuran en esta coleccion, debe Uhland su gran popularidad y la fama de ser uno de los poetas más notables de la escuela romántica. Ningun poeta aleman ha sabido dar á sus baladas y romances sabor y carácter más propios de la Edad Media que Uhland, en cuyo género de poesía no reconoce rival. En sus canciones ha ensalzado los goces de la juventud, las galas de la naturaleza y las glorias y aspiraciones políticas de su pátria. Su estilo es vivo, brillante, lleno de fuego y color, y casi siempre de una sencillez y claridad admirables.

Menos afortunado que en la poesía lírica ha sido Uhland en sus ensayos dramáticos; citaremos tan sólo *El duque Ernesto de Suavia* (Heidelberg, 1817) y *Luis de Baviera* (Berlin, 1819), reimpresos en un tomo (Heidelberg, 1846). Se ocupó luego en varios tra-

bajos filológicos, críticos é históricos : *sobre el Walther von der Vogelweide* (Stuttgart, 1822); *sobre el Mito de la leyenda de Thor* (*uber den Mythus der nord. Sagenlehre von Thor;* Stuttgart, 1836), y una *coleccion de antiguos cantos populares en alto y bajo aleman* (*Alter hoch-und-nieder-deutscher Volkslieder;* Stuttgart, 1844-45), fruto de un detenido y minucioso estudio de la literatura alemana de la Edad Media.

El carácter patriótico de las poesías de Uhland le facilitaron la entrada en la carrera política. En 1819 fué elegido diputado á la Asemblea de los Estados de Wurtemberg por la gran bailía de Tubinga; siendo reelegido más adelante por la ciudad de Stuttgart, fué nombrado por la Cámara secretario de varias importantes comisiones. En 1830 se le confirió el cargo de catedrático auxiliar de lengua y literatura en la Universidad de Tubinga; pero hizo dimision de su destino en 1833, con objeto de ocupar su asiento como diputado por Wurtemberg, en la Dieta alemana, en cuya asemblea figuro entre los miembros más avanzados de la oposicion constitucional. No queriendo doblegarse á las exigencias del partido democrático, se retiró de la vida política en 1839;

pero en 1848 sintió renacer su antiguo entusiasmo, hizo una profesion de fé en extremo liberal, y fué elegido disputado á la Asamblea nacional de Franckfort por el distrito de Tubinga; se afilió al partido moderado de la izquierda, y abogó en favor de la federacion alemana, no sin mostrarse bastante alarmado, á causa de las nuevas teorías proclamadas por la jóven democracia. Uhalnd pasó los últimos años de su vida en el retiro de Tubinga, en donde murió en 13 de Noviembre de 1862. En 1857 se celebró en dicha ciudad una fiesta nacional con objeto de conmemorar el septuagésimo aniversario del nacimiento de tan insigne poeta.

LUDWIG UHLAND.

LA HIJA DE LA VENTERA.

A orilla del Rhin caminan
Tres mozos de bravo humor,
Y á una venta se encaminan,
Que otra vez les albergó.

— Ventera, vino y cerveza
De le bueno traiga acá.
Mas no miran con tristeza :
¿Su linda hijita, do está?

— Mi cerveza hierve clara,
Buen vino hallareis aquí;
A mi hijita ¡ay prenda cara!
Sobre el féretro tendí. —

De la pieza en que reposa
Traspasaron el umbral,
Y allí vieron á la hermosa
Sobre el lecho funeral.

Y el uno con mano osada
De su rostro el velo alzó;
Fijó en ella su mirada,
Y entristecido exclamo:

— Sí vivieras todavía,
Bella niña de alba tez,
Juro que desde este dia
Te amara con honda fé. —

El segundo cogió el manto
Y la yerta faz veló;
Y vertiendo amargo llanto,
De ella la vista apartó.

— ¿Y he de verte ¡ay desdichado!
En el fúnebre ataud,
Yo que tan constante he amado
Tu belleza y tu vírtud? —

Y el otro con pasion loca
Nuevamente el velo alzó,
Y en su mustia y fria boca
Frenético la besó.

— Antes te amaba, hoy te quiero
Con igual ó mayor fé,
Y á pesar del hado fiero,
Viva ó muerta te amaré.

LA HIJA DEL JOYERO

En su tienda está el joyero
Entre perlas y diamantes:
— La joya que yo prefiero
Entre todos mis brillantes
Eres tú, bella Leonor,
Tierna hijita de mi amor. —

Galan entró un caballero:
— Guárdeos Dios, linda doncella;
Dios os guarde, buen joyero:
De oro una guirnalda bella
Con joyas me habeis de hacer:
Para mi esposa ha de ser. —

Cuando estuvo concluida
La guirnalda reluciente,
Leonor, toda entristecida,
Estando su padre ausente,
De su brazo la colgó
Y á su brillo otro añadió.

— ¡Cuán dichosa es la doncella
Cuya ha de ser la guirnalda!
Si en vez de esta joya bella,
De rosas una en mi falda
Me arrojara aquel galan,
¡Cuán dulce fuera mi afan! —

Tornó en breve el caballero;
De su joya mira el brillo:
— Que me place, buen joyero.
De diamantes un anillo
Ahora me habeis de hacer:
Para mi esposa ha de ser. —

Cuando estuvo concluida
La sortija reluciente,
Leonor, toda enternecida,
Estando su padre ausente,
En su mano de marfil
Probó la joya gentil.

— ¡Cuán dichosa es la doncella
Cuyo ha de ser el anillo!
Si en vez de esta joya bella,
De pelo un rizo sencillo
Sólo me diera el galan,
¡Cuán dulce fuera mi afan!...

Tornó en breve el caballero;
De ambas joyas mira el brillo:
— Que me placen, buen joyero,
La guirnalda y el anillo
Dignos de la esposa son
Que eligió mi corazon.

— Para ver cual la ornarán,
Acercáos, niña hermosa,
Quiero ver cómo os están

Los joyeles de mi esposa,
Que esa dama, sabe Dios,
Es tan bella como vos.

Era un domingo temprano,
Y la niña tierna y gaya
Su aderezo más galano
Vestia y su mejor saya;
Que iba al templo su oracion
A rezar con devocion.

Confuza y ruborizada
Acercóse al caballero,
Que en su frente nacarada
El aro ciño primero,
Y el anillo colocó
En su mano, y la estrechó.

— Leonor cara, niña hermosa,
A tanta virtud me humillo,
Que eres tú la tierna esposa
A quien guirnalda y anillo
Ofrezco; si de otra hablé,
Tan sólo por burla fué.

Nacida entre perlas y oro,
Y entre diamantes criada,
Hija de tanto tesoro,
Por fuerza estás destinada
A merecer tal honor
De mi nobleza y valor.

LA MALDICION DEL BARDO

En remota edad pasada,
De un castillo los blasones
Atraian la mirada
Por cima de los terrones
Desde la mar azulada.

Y en sus patios y alredores
Daban sombra y grato olor
Arboles y gayas flores.
Y arroyuelos saltadores
Bullian en derredor.

En aquel castillo austero,
Sentado en dorada silla.
Reinaba un déspota fiero;
Pálida era su mejilla,
Torvo su ceño altanero.

Y de condicion tan dura
Como la hoja de su espada,
Su palabra era tortura,
Ira y fuego su mirada,
Roja sangre su escritura.

Fueron alegres un dia
Camino de aquel castillo
Dos bardos de gran valía;
Desde léjos relucia
Del arpa el dorado brillo.

Cubierto de pelo cano,
Caballero en un corcel,
Iba el uno, que era anciano,
Y á su lado iba galano
Rubio y apuesto doncel.

Dijo el anciano al garzon:
— Hijo, aviva en tu memoria
Tu más sentida cancion,
Porque del rey es notoria —
La inflexible condicion.

Dejando afuera el corcel,
Penetran en la alta sala,
Do bajo régio dosel
Ven al rey, y junto á él
La reina, su mejor gala.

Él emanaba fulgores
Como la luz boreal
De siniestros resplandores.
Ella provocaba amores
Cual luz de luna estival.

Y asiendo su arpa de oro
El viejo la hizo vibrar,
Ora con trino sonoro,
Ora llena de pesar
Cual voz de místico coro.

Y en concierto melodioso
Resonó como lamento

Del mozo el cantar sabroso,
Que acompaña cadencioso
Del viejo el profundo acento.

Cantan de amor y ventura
La feliz pasada edad,
De las damas la hermosura
Cantan, y la libertad
Ensalzan y la bravura.

Y dá tema á su cancion
Cuanto ennoblece la vida
Y dá aliento al corazon:
La virtud esclarecida,
La sincera devocion.

En la ancha sala el gentío
Sus voces atento escucha:
De Dios se acuerda el impío
Y ante él humilla su brío
El que encaneció en la lucha.

Y la reina candorosa,
De su ternura vencida,
Al de la voz melodiosa
Arroja en premio la rosa
Que lleva al pecho prendida.

—A mi pueblo has sublevado;
¿Y aún seduces á mi esposa?—
Grita el rey desatentado,

Y en ira cruel rebosa,
Temblando como azogado.

Con la diestra enarbolada,
Cual si fuera leve dardo,
Clava la tajante espada
En el pecho del gallardo
Dueño de la voz preciada.

Bajo el golpe matador
El postrer aliento exhala
El gallardo trovador;
Y un murmullo de terror
Zumba por la régia sala.

Desplomóse el cuerpo muerto
En los brazos del anciano,
Quien lo puso erguido y yerto,
Del ancho manto cubierto
Sobre su corcel galano.

Y cogiendo su arpa de oro,
En la base de un pilar
Con estallido sonoro
Hizo en astillas saltar
Aquel único tesoro.

Y saliendo del portillo,
Sobre el levadizo puente
Se detuvo del castillo,
Y así maldijo al caudillo
Con voz que asorda el torrente:

— ¡Ay de tí, morada altiva
Que albergas al matador!
Jamás oigas voz festiva,
Y huya de tu derredor
El bardo con planta esquiva.

Por el eco repetidos
Retumben en tus arcadas
Sólo quejas y gemidos,
O las medrosas pisadas
De esclavos envilecidos.

¡Ay de ti, jardin que dora
Hoy la luz del sol de Mayo!
¡Ay de tí, fuente sonora!
Que os abrasen trueno y rayo
Con furia desvastadora.

Y que el huracan sañudo
En un páromo os convierta
Con su soplo fiero y rudo.
Mirad esta cara yerta:
Así os vuelva el cierzo crudo.

¡Ay de tí, rey asesino,
Azote del trovador!
¡Plegue á Dios que el fiero sino
Siembre, en vez de grato honor,
Vil oprobio en tu camino!

¡Plegue al cielo que te mueras
Sin lograr famoso nombre

Por la sangre que vertieras!
¡Y que te maldíga el hombre!
¡Y seas pasto de fieras! —

Al cielo no rogó en vano,
Ni fué hueca exclamacion
La amenaza del anciano:
Cayó al suelo la mansion
Que dió albergue á aquel tirano.

De aquella altiva morada
Atestigua el explendor
Una columna agrietada,
Que tal vez quede allanada
Antes del cercano albor.

Lo que fué jardin umbrío
Hoy es arenal desierto:
Se secaron fuente y rio,
Ni á flor alguna el rocío
Baña en aquel campo yerto.

Nunca popular cancion
El nombre del rey refiere,
Ni habla de él la tradicion:
Con eterno olvido hiere
Del bardo la tradicion.

LOS HÉROES MORIBUNDOS.

Huyendo el sueco la danesa espada,
Llega á la mar airada;
Al fulgor de la luna los guerreros
Blandean sus aceros,
Y heridos yacen sobre el rojo llano
El lindo Esveno y Ulfo, el héroe cano.

ESVENO.

¡Mal haya, padre! que en la edad mas [grata
La muerte me arrebata!
No volvera mi madre, en su hondo duelo,
A untar mi rizo pelo,
Y en vano en la alta torre vigilante
Mi vuelta aguardará la tierne amante!

ULFO.

Nos llorarán; adustos nuestros ceños
Les mostrarán sus sueños.
Mas pronto romperán sus corazones
Tan hórridas visiones;
La amada entónces en el festin de Odino,
Risueña escanciará en tu copa el vino.

ESVENO.

Para cantarla al arpa una balada,
Padre, dejé empezada

De príncipes y de héroes vencedores
En lides y en amores;
El arpa abandonado está, y el viento
Vibra sus cuerdas con funesto acento.

ULFO.

De los guerreros la eternal morada,
Del rojo sol dorada,
Se eleva majestuosa: el firmamento
Forma su pavimento.
¡En el festin de los guerreros cuánto
No valdrá más que pongas fin al canto!

ESVENO.

¡Mal haya, padre, que en la edad mas [grata
La muerte me arrebata!
Voy á morir, y sin blason mi escudo
Está de honor desnudo:
Los doce jueces excluirán severos
A tu hijo del festin de los guerreros.

ULFO,

Los jueces medirán en su balanza
Tu brió y tu pujanza.
Morir pugnando por el pátrio suelo
Sea tu sólo anhelo.
Mira del opresor la fuga horrenda:
Y al cielo mira: aquella es nuestra senda!

LAS TRES DONCELAS.

I.

En lo alto de un castillo tres doncellas
La vista vuelven hácia el hondo valle;
Su padre en un corcel se acerca á ellas,
Ciñe la cota su robusto talle.
— ¡Padre y señor, muy bien venido seas!
¿Qué traes á tus hijas?
Fuimos juiciosas como tú deseas. —

— Hoy, hija mia de la saya gualda,
Ausente en ti pensé. Ya sé cuán grato
Te es el poder lucir tu rica falda;
Tus gustos son las galas y el ornato.
Del cuello arrebaté de un caballero
Esta cadena de oro,
Y en pago de ella díle muerto fiero. —

Tomó la joya la doliente niña,
Y el blanco cuello se ciño con ella;
Fuese al lugar donde occurrió la riña,
Y al muerto halló por la sangrienta huella.
— Aquí ínsepulto estas como un malvado,
Y eres un caballero,
Y en vida te llamé mi dueño amado. —
Entre sus brazos le llevó piadosa
Hasta la iglesia del lugar vecino,

Y le enterró en la tumba do reposa
Su noble estirpe de funesto sino.
Al cuello se estrechó con nudo fuerte
Los rojos eslabones,
Fiel á su dulce amor hasta en la muerte.

II.

De lo alto de un castillo dos doncellas
La vista vuelven hácia el hondo valle,
Su padre en un corcel se acerca á ellas,
Ciñe la cota su robusto talle.
— ¡Padre y señor, muy bien venido seas!
¿Qué traes á tus hijas?
Fuimos juiciosas como tú deseas. —

— Hoy, hija mia de la verde saya,
En tí pense. La caza es tu alegría,
Y tu mayor placer tener á raya
La rauda fiera allá, en la selva umbría.
Arrebaté de manos de un montero
Este venablo agudo,
Y de el en pago díle muerte fiero. —

De manos de su padre la doncella
Tomó el venablo con su diestra fuerte;
Al monte se partió la niña bella,
Gritando por doquier; — ¡Dolor y muerte! —
Y de los tilos en la parda sombra,
Entre sus perros fieles,
Halló á su amante sobre rojo alfombra.

— Al verde tilo acudo y á la cita
Como te prometí, mi amado dueño. —
Clavada en el venablo, cual marchita
Silvestre flor, cayó en eterno sueño.
Juntos yacieron, y la brisa arroja
Sobre los dos amantes
Su blando aroma y la caida hoja.

III.

De lo alto de un castillo una doncella
Vuelve los ojos hácia el hondo valle;
Su padre en un corcel se acerca á ella,
Ciñe la cota su robusto talle.
— ¡Padre y señor, muy bien venido seas!
¿Qué traes á tu hija?
Juiciosa he sido como tú deseas. —

— Hoy, hija mia de la blanca saya,
En tí pensé. Tu gusto son las flores,
Y más te agrada su corola gaya
Que de costosas joyas los fulgores.
Quitéle á un atrevido jardinero
Esta flor candorosa,
Y en pago de ella díle muerte fiero. —
— Cuál fué su desacato, padre mio,
Que te movió severo á darle muerte?
Cuidar las flores en el huerto umbrío
Era su afan. ¡Cuán triste es ya su suerte!

— Quiso negarme con palabra osada
La flor de más valía,
Que destinaba al pecho de su amada. —

Tomó la flor la niña candorosa,
Y ornó con ella su virgíneo senó;
Bajó al jardin do un tiempo, tan dichosa,
Pasado habia tanto rato ameno.
En el jardin se alzaba una colina,
Sembrada de azucenas;
Sentada en ella el rostro al suelo inclina.

¡Dichosa yo, si al par de mis hermanas
Pudiera darme desastrosa muerte!
Pero las hojas de la flor galanas
Herir no saben de tan fiera suerte. —
Con yerta faz mirando la flor bella,
Vió cuál se marchitaba,
Y cuando se agostó, murió con ella.

LA GUIRNALDA.

Iba una niña las pintades flores
Cogiendo que adornaban un vergel,
Cuando salió de la sombría selva
Bellísima mujer.
Con voz amiga se acercó á su lado,
Y una guirnalda le ciño á la sien:

— Aún no florece, pero dará flores,
No te la quites, pues

Creció la niña, y cuando á solas iba
Vertiendo tiernas lágrimas tal vez.
Empezó la guirnalda en su cabeza
Capullos á tener.

Y cuando vino el prometido esposo,
Y ardiente la estrechó á su pecho fiel,
Se convirtieron los capullos todos
En un florido Eden.

De tanto amor el fruto codiciado
Cual tierna madre no tardó en coger:
Doradas frutas la guirnalda rinde,
Más dulces que la miel.

Y cuando el bien amado en tumba fria,
En hondo sueño, sepultado fué,
Flotaron mústias hojas con el pelo
En torno de su sien.

En breve la pusieron yerta y fria,
Ceñida la guirnalda, al lado de él.
Y ved ¡oh maravilla! la guirnalda
Volvió á reverdecer.

EL SUEÑO.

En un jardin primoroso
Dos tiernos amantes van;
Enfermos y sin reposo,
Las blancas manos se dan.

Y en el rostro y en la boca
Se besaron veces mil;
Volvióles su pasion loca
Lozanos como el Abril.

Sonó una campana impía,
Y al punto huyó la vision:
Ella en su celda yacía,
Y él en lejana prision.

LA MONJA.

En el jardin del convento
Una novicia camina,
Pálida, con paso lento;
Su faz la luna ilumina;
Llora su amor sin aliento.

— Feliz me debo juzgar;
Aunque no te halle en el suelo;
Podré volverte á adorar;

Serás un ángel del cielo,
Y á un ángel bien puedo amar. —

Se acerca triste y callada
A una imágen de María
Que, por la luna alumbrada,
A la Vírgen pura envia
Paz con su dulce mirada.

Mientra á la Reina del cielo
Contempla puesta de hinojos,
Humilde, en el frio suelo,
Cerró la muerte sus ojos,
Y en tierra flotó su velo.

LA VENGANZA.

Con su daga el escudero
Muerte ha dado á su señor;
Quisiera ser caballero,
Galan y batallador.

Hundió en su pecho la hoja
De una selva en el confin,
Y el cadáver yerto arroja
En el hondo y raudo Rhin.

Del difunto caballero
Se viste el bruñido arnés;

Sobre su corcel ligero
Salta con ágiles piés.
Las riendas toma, y el puente
Se dispone á atravesar,
Pero el corcel impaciente
Se resiste á su pesar.

Hinca la espuela dorada
En sus hijares cruel,
Y á la corriente alterada
Le arroja fiero el corcel.

Todas sus fuerzas agota
Contra las olas sin fin;
Pero la pesada cota
Le hunde en el rápido Rhin.

EL MONGE Y EL PASTOR.

EL MONJE.

¿Por qué tan triste estás en muda calma?
Dímelo, buen pastor;
Díme tu pena, y te dará mi alma
Bálsamo á tu dolor.

EL PASTOR

?Aún lo preguntas? Mira el campo yerto,

Sin flores el verjel;
Mira el bosque de pájaros desierto,
Oye el cierzo cruel.

EL MONJE.

Tan hondo no es tu mal, pastor, no
Un sueño es, nada más; [llores·
En breve tornarán las gayas flores,
Y el ruiseñor oirás.

El ancha campo do te echó la suerte
Pronto florecerá;
Pero en mi cruz la imágen de la muerte,
Siempre clava está.

MUERTE FELIZ.

Sobre su seno
Muerto caí;
Entre sus brazos
Sepulto fuí;
Me dió mil besos
Y renací;
Abrió sus ojos
Y el cielo ví.

Madrid, Diciembre de 1871

AUGUSTO DE PLATEN.

Cárlos Augusto Jorge Maximiliano, Conde de Platen-Hallermünde, nació en Ansbach (Baviera) en 24 de Octubre de 1796, en el mismo año en que falleció en dicha poblacion el poeta Uz. Ejerció grande influjo en su primera educacion su madre, mujer virtuosa é instruida. Desde su primera infancia le destinó su padre á la carrera militar, y ya á los diez años de edad ingresó en el colegio de cadetes de Munich. Cuatro años despues pasó á la escuela de Pajes (*Pageninstitut*), en donde le sobraba tiempo para dedicarse á sus estudios literarios. En 1814 fué nombrado teniente de un regimiento de guardias de corps, con el cual hízo la campaña en 1815. La vida errante del militar despertó en su ánimo el afan de ver tierras; y no permi-